

Dignificando el teatro juvenil



El teatro me ha enseñado la importancia de la vida

Agustín Guerrero Reyes, actor del grupo SIMPROTA (18 años)

“Un pueblo que no cuida su teatro si no está muerto, está moribundo”, decía Lorca en una conferencia. Un instituto que no cuida su teatro, está moribundo, definitivamente muerto, porque el teatro dinamiza, mueve, conmueve un centro educativo, mejora el entorno social y canaliza las competencias artísticas de alumnos y profesores. Sin embargo, el teatro está desterrado del currículo, y si prende en un centro es gracias al esfuerzo desinteresado, altruista, de profesores y alumnos. Así que todo intento teatral es una manifestación de creación generosa.

En un entorno rural de la provincia de Cádiz, dominado por inercias culturales, sin espacios para la representación, nació en el año 2008 un grupo de teatro, ALDESNUDO, en el instituto IES SIDÓN de Medina Sidonia, y nació precisamente con la pretensión no de ser un grupo de teatro escolar para representar a fin de curso, sino con un afán de dignificar el teatro juvenil y trabajar con rigor el teatro y su dimensión artística, social y

educativa. Representaron la obra del joven autor Ignacio Pajón Leyra, *Cualquier lugar, cualquier día*. El deseo de mejorar en cada representación y el largo recorrido que tuvo el grupo, actuando en teatros importantes de la provincia de Cádiz e incluso en algunos espacios de la capital, fueron el caldo de cultivo necesario para la continuidad y creación de otros grupos. En el año 2009 se configuró el grupo de teatro SIMPROTA que puso en escena la obra *Clases y clases* (Jose Aurelio Martín, Ediciones Antígona, 2010), en cuya estructura se incluye una adaptación del clásico *Romeo y Julieta*. El intenso y disciplinado trabajo de profesores y alumnos, la rápida asimilación de los actores de los rudimentos básicos del teatro y el constante entusiasmo de todos originó una puesta en escena que, según la actriz Isabel Ordaz, es “excelente, sencilla, limpia y llena de imaginación y recursos, dotada del instinto para el espacio, el tiempo y la progresión dramática; mi enhorabuena de verdad. Además el hecho de haber construido toda una armazón teatral con un objetivo pedagógico y conseguir que tenga autonomía como producto artístico en sí mismo, no es nada fácil, me parece a mí”.



A veces, una suerte de milagro hace que una obra de teatro funcione, se tienen que dar tantas circunstancias favorables que parece imposible que encajen todas. Es necesario, como sabemos, poder de convocatoria, seducción, trabajo, esfuerzo, disciplina, arte y artesanía, creencia, entusiasmo, toda una serie de factores que aromados con la magia del teatro, hacen posible lo que al principio parecía improbable. Y trabajo. Muchas horas. Y sensibilidad, encajar todas las piezas con arte, coser tantas cosas y tan disonantes a la vez: el protagonismo y la colaboración colectiva, el esfuerzo y la natural desidia, el arte y el oficio, la emoción y la racionalización, lo natural y lo artificial... Y la imaginación. Y la inteligencia vigilante. Y tantos recursos: humanos, materiales, técnicos, que sobrepasan lo personal. En ese momento se agradecen las manos amigas y animosas: Concha, Lola, Benito, Cristina. Y respeto, máximo respeto a un arte que nació sagrado y reverencialmente, sin caer en la ceguera, conviene acercarse a él, humildemente pero con pulso firme. Porque el objetivo debe ser dignificar una actividad que aúna palabra, gesto, cuerpo, voz, ficción, realidad, representación, emoción, inteligencia, es decir, todos los ingredientes que hacen grande y digno al ser humano.







A la luz de los comentarios que, en forma de carta, los alumnos (que a partir de ahora llamaré actores) expresaron, parece que el teatro ha sido una actividad que será inolvidable en sus vidas, “en mi vida el teatro ha cambiado muchas cosas, yo soy muy vergonzosa” dice Bárbara Pérez (16 años), “me ha hecho descubrir nuevas sensaciones: la sensación del trabajo bien hecho, de hacer disfrutar al público, de sentirme más unida con el resto”, los actores tienen la sensación de tener una memoria compartida y participada, de pertenecer todos a un grupo humano que durante un tiempo, en sus vidas, representó algo grande y valioso; así, creemos, nacen los sentimientos de colectividad: cuando la memoria dignifica un pasado valioso. “Gracias a esta obra”, dice Sandra Berrocal (17 años), “me he dado cuenta de que cada uno de los que formamos el elenco de actores y actrices somos imprescindibles, que son igual de importantes los que tienen más texto como los que tienen menos, y que si faltara un solo personaje, la obra no tendría sentido”, y es que, el grupo, llamado SIMPROTA, tiene como seña de identidad el *simprotagonismo*, un concepto forjado desde la razón y desde la práctica teatral, ya que, el texto de *Clases y Clases* iguala a todos en protagonismo, o mejor, el dispositivo teatral de la representación hace a todos protagonistas, ya que todos, en todo momento, colaboran para que la escena cuaje y funcione teatralmente, “tenemos la responsabilidad”, dice Eva Marchante (16 años) “de que la representación salga bien. Te encuentras en el compromiso de actuar todo lo bien que puedas. Somos una cadena y en el momento que falte un eslabón, el teatro es posible que se venga abajo”. Muchos de ellos, en todas sus cartas, hablan de sentirse más responsables. En Madrid, en noviembre de 2009, en el IES ARCIPRESTE DE HITTA, una de las actrices con más peso confundió una escena que no permitía participar, por la lógica teatral del texto, a otra de las actrices. Antes del comienzo del tercer acto, los actores tomaron la decisión de retomar narrativamente el momento olvidado para hacer participar a la actriz eludida; se arriesgaron a complicar la historia, pero sentían la responsabilidad de haber olvidado la participación de un miembro del grupo. El público no percibió la falta. “El día que hubo un fallo”, dice la actriz Mari Paz Romero (15 años), “y por poco me quedé sin actuar, sinceramente se me vino el mundo encima. Estaba asustada y nerviosa porque mi trabajo no se iba a ver recompensado. Ahora mismo el teatro es parte de mi vida y ahora mismo creo que no podría dejarlo. Es para mí una forma de ver y sentir la vida”.

En muchos casos, en efecto, el teatro les ha cambiado a muchos la percepción de la realidad, Eva dice que el teatro le ha enseñado a profundizar en la realidad, a ver la realidad, tan compleja, enterrada en la superficie de las cosas. Todos coinciden en que ponerse en la piel de otro, les ayuda a comprender mejor a los otros y a ellos mismos, lo cual significa que todos han sufrido esa transformación que el teatro permite en grado máximo: la alteridad, la posibilidad de ser otro sin dejar de ser tú, “cuando actúo”, dice Cristina Sánchez (15 años), “me siento otra, pero me siento liberada”. La máscara transforma, transfigura tu realidad real en una realidad simbólica: por esta razón, creo yo, se habla de la magia del teatro.

El teatro pone un paréntesis a la realidad, la aparta momentáneamente y necesariamente, no es sólo evasión y huida, es una experiencia única que merece la pena ser vivida; “he podido experimentar”, dice Oliva García (16 años), “que cuando se realiza la obra el tiempo parece ser diferente. Es como si la realidad se quedara apartada por un momento y sólo existiese el tiempo de la función. La experiencia del teatro es singular”. Todos son conscientes de que esta es la mejor actividad en “la que mejor he invertido mi tiempo libre”, dice Jesús Flor (16 años). Son conscientes de que el teatro no sólo llena un tiempo ocioso, muerto, pasivo, sino que es una actividad que alimenta, que, a pesar del esfuerzo y las ilimitadas horas de ensayo, se hace necesaria, vital, “¿por qué haces y dejas cosas por el teatro?”, se pregunta



Celia Gutiérrez (17 años), “porque desconecto por unas horas de todo lo que pasa en mi vida y durante ese tiempo soy otra persona. Y porque, y creo que es lo más importante, me hace feliz”. Matías Navarro observa que el teatro no sólo ha sido un *hobby* para él, sino que le ha enseñado muchas cosas, a perder la vergüenza, a tener ilusión, a compartir, a sentir al compañero... M^a Ángeles Mota(16 años) sugiere a todos los adolescentes que “si alguna vez en sus vidas les aparece la oportunidad de hacer teatro que no duden en cogerla y aprovecharla al máximo, porque os puedo asegurar que no os arrepentiréis, ya que cuando se acaba no vais a querer que termine, todo lo contrario, vais a querer más y más”.

El teatro también es una excelente oportunidad para la formación, para el conocimiento literario de obras dramáticas, para el desarrollo de las competencias lingüística y comunicativa, para el conocimiento propio de las emociones, del cuerpo, de las propias capacidades. Además, el teatro provee de recursos que cualquiera puede utilizar en cualquier momento, desde la conquista amorosa a las situaciones más formales como las entrevistas de trabajo (cuando los especialistas en este campo hablan de seguridad, solidez, seducción, apelan a recursos propiamente teatrales); indudablemente un candidato con una dicción clara, con un sentido del ritmo corporal y discursivo, con una tipología física de construcción del personaje de tipo muscular (con el centro de energía en el pecho), con un dominio del escenario y el espacio, utilizando adecuadamente las pausas y los distintos registros de entonación, tiene muchas más posibilidades de tener éxito que cualquier otro candidato ajeno a estas minucias teatrales. Lidia Colón(16 años) aplica toda su inteligencia para lograr ser actriz o, al menos, para conocer el apasionante mundo de las artes escénicas, “tengo obligación de conocer a los grandes autores del teatro españoles, universales y extranjeros: Miguel Mihura, Antonio Gala, etc., libros tengo para leer. Me queda mucho camino y con la ayuda de los profesores y el empujón de mi madre, seguiré haciendo teatro”. Cristina Sánchez (15 años) es más contundente, “para mí hacer teatro es hacer cultura”. El teatro abre un espacio para el crecimiento



cultural verdadero, compartido, lejos de la cultura mayusculada que se hace para unos pocos y muy pocos disfrutan. El teatro es un espacio cultural y también, necesariamente, de integración social.

Como profesor y por tanto educador, no he encontrado nada tan formativo como el teatro, no he desarrollado una actividad tan intensa como el teatro y que incorpore tantos aspectos: personales, sociales, artísticos; es necesaria una actividad en los centros educativos que dé coherencia a la labor educativa, que integre todos aquellos aspectos que desarrollados individualmente perderían pegada; el teatro en este sentido integra individuos con capacidades organizativas, arquitectónicas, otros con capacidades artísticas (de todo tipo, plásticas, literarias), otros con facilidades emocionales, y otros simplemente con su generosidad en el apoyo, en la mano tendida y no con el obstáculo permanente. Ello puede generar un entusiasmo constantemente retroalimentado que permite hacer posible lo que pensado parecía improbable. En este sentido, al carecer el instituto de espacio para la representación, durante los meses de enero y febrero, un grupo de alumnos y profesores, colectivamente, construimos un espacio, con el apoyo económico del instituto, para la representación escénica. El entusiasmo colectivo puede derivar en el fanatismo ciego o en la más alumbrada creación colectiva. Eso sólo lo ha conseguido, que yo haya visto, el teatro. De modo que, ante la falta de sensibilidad de las instituciones educativas hacia el teatro, animamos a otros educadores a que prueben, a que sean valientes, a que no se vean envueltos en la peor inercia gris de la educación, a que con pulso firme, infatigables al desaliento, lo intenten, unan, entusiasmen, generen, hagan vivir, vivan, experimenten, seduzcan, crean, tenga fe. Sean. Un instituto que no cuida su teatro, si no está muerto, está moribundo ●

JOSE AURELIO MARTÍN

Profesor de literatura y teatro, director de escena y autor dramático

Fotos: Rocío Martín Rodríguez